UNA NOCHE DE 1843,

O

EL HONOR YUCATECO.

ENSAYO DRAMATICO EN UN ACTO,

ESCRITO EN VARIEDAD DE METROS

POR

D. Cipriano Arias.

MERIDA DE YUCATAN:
Imprenta de Castillo y Compañía.

1846.

INTERLOCUTORES.

DOÑA MÓNICA.
DOÑA CATALINA.
DOÑA ÁNGELA.
FAUSTINA.
EL GOBERNADOR.
PINTO.
PABLO (*mestizo.*)
MÁRCOS (*indio.*)
CONCEJAL 1.°
CONCEJAL 2.°
OFICIAL 1.°
OFICIAL 2.°
Indios, pueblo &c.

Esta pieza ha sido representada por primera vez en el teatro de Mérida de Yucatan, bajo la direccion del distinguido actor D. Manuel Argente.

Sr. Gral. D. Sebastian L. de Llergo.

Mérida 31 de mayo de 1846.

Muy Sr. mio: habiéndome inducido á escribir este mi primer ensayo dramático el memorable combate de Tixkokob, ¿á quién pudiera dedicarle mejor que á Ud. y á los bravos que se batieron bajo su mando en aquella gloriosa jornada?

Sé muy bien que esta obrita, desnuda de argumento y de toda gala poética, no es digna de los sugetos á quienes la dedico; pero son tales las pruebas que tengo de su generosidad, que no debo dudar de su indulgencia.

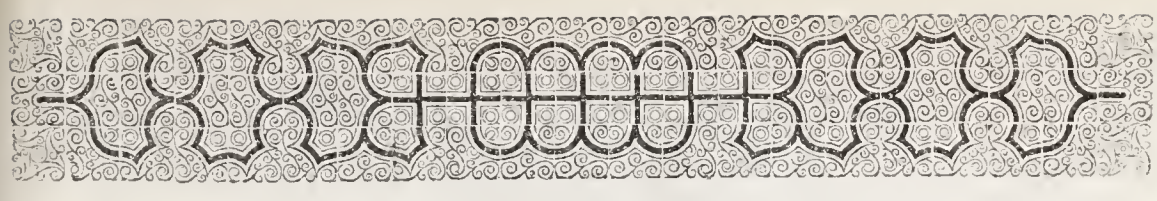
B. S. M. S. A. Y S. S.

Cipriano Arias.

721981

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/unanochede1843oe00aria



ACTO UNICO.

El teatro representa la plaza de la Mejorada de la ciudad de Mérida.

ESCENA I.

Da. MÓNICA, Da. CATALINA *y* Da. ANGELA *á la derecha; y á la izquierda grupos de* CONCEJALES *y gentes del pueblo.*

Concej. 1º Recorrísteis la ciudad?
No reina ningun desórden....
Concej. 2º Todo, señor, está en órden
y respirando lealtad.
Yá quedan almacenadas
abundantes provisiones,
y en el cuartel preparadas
las armas y municiones.
Concej. 1º Yo juzgo muy necesario
que con cautela observeis,
vos que sois el secretario....
Catal. Por qué ese miedo teneis?
Concej. 1º A recorrer el cuartel
iréis, por ser muy preciso.
Món. San Ambrosio! San Narciso!
Ay! Qué habrá sido de él?
Ang. Pero mira que es asunto!
Món. Ah! cuántas veces me dijo,
cuántas, mi pobre difunto,
que ese desgraciado hijo
me habia de dar que sentir.
Qué mas quieres? Fray Benito,

que es un santo, sí, un bendito,
no le ha podido sufrir.

Ofic. 1º Señores, los mexicanos
llegan á marchas forzadas,
y con nuestras avanzadas
pronto vendrán á las manos.
Mas hay noticia oficial
que viene sin dilacion
con su fuerte division
Llergo el bravo general.

Concej. 1º Sí: triunfador diligente
á la ciudad volverá,
y socorro nos dará:
es un militar valiente!
Acudid en el momento
al hospital vos.

Món. Dios mio!

Ang. Y yo que de su amor fio,
este engaño experimento?

Catal. Pero, mamá, por qué tanto
os afligis?

Concej. 1º Pues partamos,
y al gobernador en tanto
preguntarémos....

Todos. Sí, vamos. (*Vanse los concejales y pueblo.*)

ESCENA II.

DA. MÓNICA, DA. CATALINA, DA. ANGELA.

Món. Tú como eres una niña
que del mundo corrompido
no conoces los dobleces,
con ridículo capricho
me ocultas adónde fué,
cuando sabes que imagino,
fundada en buenas razones,
que en su fraternal cariño
tu hermano nunca ha guardado
secreto alguno contigo.

Ang. Todo á tí te lo confia.

Catal. Pero, mamá, si yá he dicho
que salió sin decir nada.
Si yo supiera....

Ang. Está visto.
Precioso tiempo gastamos
en buscarle, y así opino
que nos volvamos á casa.
Catal. Quizá cuanto ántes, activo,
á casa volviera, en tanto
que le buscamos.
Món. Dios mio!
Por qué ese indócil muchacho,
con ignorado designio,
nos abandona esta noche
de llantos y de peligros,
de desolacion, de guerra,
de mortandad? Qué sonido (*Se oye el toque de un clarin.*)
es ese?
Ang. Madre....
Catal. Por Dios.
Món. Ay Jesus! yá le percibo
aunque remoto y confuso,
y tiemblo, no sin motivo,
al escucharle, pues es
del horrible sacrificio
la señal. Sí: llama al padre
y al desventurado hijo,
para que viertan su sangre
en ese combate impío
de hermano con el hermano.
Si me volveis, Dios benigno,
el fruto de mis entrañas,
os prometo....
Catal. Yo confio
que le hallarémos en casa.
Ang. Huir debemos de este sitio.
Mon. Vámonos.

ESCENA III.

DICHAS *y* PINTO *con fusil.*

Pinto. Atrás, señora.
Catal. Lo ve usted, madre? yá vino.
Món. Gracias os doy, Dios eterno!
Mas en ese traje, hijo,
con ese fusil armado,

adónde vas?

Pinto. Impelido
en álas del entusiasmo,
corro con celoso ahinco
al combate deseado,
donde la gloria á que aspiro
mis sienes coronará
con laureles y con mirtos.

Món. Pero, qué te importa á tí?

Pinto. Señora, usted ha leido
la historia de Napoleon...?

Món. Pero tú por qué motivo...?

Pinto. Ni la del gran capitan?
Ni del Cid el noble brio?
Ni el paso de las Termópilas?
Vamos, si es lo que yo digo....

Món. Hombre, por todos los santos
yo te ruego, te suplico....

Pinto. Qué tiempo tan mal gastado!
Con que para usted es gringo
el hablarla de Lepanto,
de Bailen, de Navarino....?

Ang. Vente por Dios con nosotras.

Pinto. No: en tocándome un pelillo
á mi patria, soy así:
tremendo, desconocido.
Yo soy otro Julio César,
un Neron, un Tito Livio,
otro caballo de Troya,
Holofernes, sí: escondido
en esta pobre levita
hay un soldado macizo,
capaz de bombardear
á Cuba, á Santo Domingo,
á México, á Goatemala
y á los Estados-Unidos.

Món. Hijo, retírate: vamos.

Catal. No seas loco.

Ang. Por perdido
ten mi amor si no me sigues.

Pinto. *Nequaquam*: lo dicho dicho.
Hermosa Angela, te adoro:
te amo, hermana, con delirio,
y á usted, madre, la respeto;

mas todo lo sacrifico
tratándose de mi patria.

Catal. Dejarle será preciso
que como los demas jóvenes
en este caso sea digno
de recoger los laureles
que da la patria á sus hijos.

Món. Esas, pues, son las máximas
infernales de tus libros,
de tus novelas: bien dice
el guardian de San Francisco,
que las novelas....

Catal. Pero, madre,
yo qué culpa tengo?

Pinto. Ha dicho
mi hermana lo que debia.
¡Viva mi hermana!

Catal. Hijo....!

Pinto. Ahora, armas al hombro.
descansen, tércien.

Ang. Pinto!

Pinto. Al hombro! flanco derecho,
redoblado, marchen!

Ang. Hijo....!

ESCENA IV.

DICHOS *y* PABLO.

Pablo. Me place que con público alborozo
el triunfo celebreis anticipado.
Pero qué miro! andamos de sollozo?
señora, deponed todo cuidado:
al combate conmigo va este mozo,
y sé que cumplirá como soldado.
Cuando á la patria nécios opresores
quieren hollar con fiera tiranía
y nuestras frentes abatir, señores,
no consentirá, no, vuestra hidalguía
que pase en la molicie y los amores
hijo ninguno de la patria mia.
Fuertes patricios, de su injusta saña
vencerémos la indómita insolencia
que tanto nos sorprende y nos extraña,
y de la patria el lustre y la opulencia

libre de la neblina que la empaña,
al grito lucirá de independencia.
El vencer ó morir solo es mi anhelo:
sí, que mañana al despuntar la aurora,
cuando levante el tocoloro el vuelo,
el clarin de la fama en voz sonora
nuestro triunfo aparezca pregonando,
por el cóncavo espacio resonando.-

Món. Es vano pretender que yo consienta
de mi hijo separarme ni un instante
cuando horrorosa guerra se presenta.
Duro es tu corazon cual el diamante,
pues ignoras los cándidos consuelos
que para alivio de sus tristes males,
en sus hijos á todos los mortales
dieron con mano pródiga los cielos.
De sus hijos sepárense esas madres
á quienes no acobarda mar y tierra,
y que mandan sus hijos á la guerra
á combatir al lado de sus padres.
Dime: no es verdad, hijo querido,
que á ese combate no vas á marchar?
Ah! nunca, no, jamas des al olvido
que Dios te manda á tu enemigo amar.
Recuerda los seráficos sermones
de fray Mauro, sus pláticas curiosas,
y mira de tu padre las lecciones
que supo darte en horas mas hermosas.
No te irás, no es verdad? te lo suplico
con los ojos bañados de este llanto
que ves brotar, porque te adoro tanto
que por mucho que llore no lo explico.

Pablo. Señora, qué decis? Pues qué mas gloria
puede caber en pecho generoso
que defender su patria en el honroso,
en el campo marcial de la victoria?

Pinto. Con placer y entusiasmo allá marchemos:
siento en mi pecho abrasadora llama.

Pablo. Es el amor de patria que te inflama.
A defenderla vamos.

Pinto. Sí, volemos.

(*Vánse todos menos Mónica.*)

ESCENA V.

DA. MÓNICA.

Madre infeliz,
si no te es dado
de horrible lid
á tu hijo amado
librar: si así
mi triste hado
con saña ruin
lo ha decretado,
dando sin fin
á mi cuidado
pena sutil;
vos, Dios sagrado,
que veis de ahí
mi lacerado
pecho latir,
y que cercado
de ángeles mil
en vuestro estrado
de oro y zafir
el desdichado
mundo regis;
ese estrellado
y azúl tapiz
que cubre airado
la tierra vil,
rasgue apiadado
tu mano, sí.
Desde el sagrado
trono de ofir,
con dulce agrado
miradme aquí.
Y al hijo amado
que yá perdí,
desenojado
volved á mí. (*Vase.*)

ESCENA VI.

CONCEJALES *y* PUEBLO.

Concej. 1.º Sí, hoy es para nosotros, compañeros,
el mas feliz, el mas alegre dia,
pues con nobleza castigar sabrémos
del comun enemigo la osadía.

Concej. 2.º El pueblo á combatir yá decidido
en actitud hostil, amenazante,
espera por momentos el instante
de entrar en el combate apetecido:
con disciplina fiel, la infantería
en órden de batalla está formada.
y tras de ella se ve la artillería
en oportunos sitios colocada.
Orgullosa, con noble bizarría,
á retaguardia se halla situada
nuestra hermosa y veloz caballería,
que es de todos temida y admirada.
Y sus tropas recorren cual leales
diligentes los jefes y oficiales.

Cancej. 1º Cuán dichoso y feliz es en verdad
quien empuña las armas altanero,
y orgulloso defiende con su acero
de su patria la sacra libertad!
Hoy verán esos nécios opresores
que al hado impío concedernos plugo,
cuál sabemos romper el torpe yugo
que esclaviza á sus bravos defensores.
Sí, hoy es dia de júbilo, de gloria,
que entusiasmado en mi interior contemplo,
y á pueblos oprimidos este ejemplo
en sus anales les dará la historia.
La sangre que circula en nuestras venas
de la patria virtamos por ofrenda,
y el que quiera ser libre, que hoy aprenda
á romper cual nosotros sus cadenas.

ESCENA VII.

DICHOS *y el* OFICIAL SEGUNDO.

Oficial 2.º El general me manda preveniros

que yá su division pronta se halla
á combatir, y que cercanos tiros
el enemigo entre el silencio estalla.
Pronto el combate....

Concej. 1º Cómo, pues yá vino
Llergo valiente, el general osado?

Oficial 2º Al enemigo le ganó el camino,
y en este mismo instante hemos llegado.

Concej. 1º Y de la noche en el nublado oscuro
pudiste de sus fuerzas enterarte?

Oficial 2º Muchas sus fuerzas son, mas es un muro
hoy cada yucateco, un baluarte.
Que vengan cuando quieran, que si osados
pretenden nuestro ejército abatir,
al mirar de la patria los soldados
ó han de retroceder, ó han de morir.

Concej. 1º Así te quiero yo, dame esa mano:
bravo, orgulloso, altivo y altanero.
Aprendiste de Llergo á ser severo
con ese alucinado mexicano
que en contra de su patria así se arma,
y comete tan grave desacato. (*Oyese tocar á rebato.*)

Oficial. 2º Este toque, señor, es de rebato.
Yo me marcho á la lid: al arma!

Todos. Al arma!

Concej. 1º Ciudadanos, al campo del honor
con faz altiva juntos marcharémos,
y á la ultrajada patria vengarémos
de ese horrible desman. (*Entra el gobernador.*)

Todos. El gobernador!

Concej. 1º Por qué, señor, en hora tan menguada
á la calle salis de esta manera,
cuando está la ciudad amenazada
del enemigo por la saña fiera?
No así expongais vuestra preciosa vida,
poneos en salvo, sí, en seguridad.

Concej. 2º Custodiado con gente decidida
podeis salir, señor, de la ciudad.

Gob. Sin que ninguno de vosotros crea
que de valor pretendo hacer alarde,
sabed que de esa nacional pelea
jamas me alejaré nécio y cobarde.
Antes en ella aunque mi muerte sea,

pretendo entrar, y yá se me hace tarde,
porque ansiando mi pecho la victoria,
quiero partais conmigo vuestra gloria.
Vuestro gobernador en este instante
no es mas que un simple humilde ciudadano,
que su sangre verter quiere anhelante
por defender su patria del tirano
que á avasallarnos viene delirante.
Déjame ese fusil, dámele hermano,
que si librar mi patria no me es dado,
al menos moriré como soldado.
Partamos á la lid, dó los derechos
de la patria serán nuestros pendones,
fuertes trincheras nuestros bravos pechos,
murallas nuestros fieles corazones,
y cuando admiren nuestros nobles hechos
con general asombro las naciones,
dirán al mundo, sí, "libres nacieron,
y por su libertad morir supieron."
(*Vuelve á sonar el toque de rebato.*)
El parche suena y el clarin nos llama:
yá de la patria el porvenir estriba
en el valor que nuestro pecho inflama.

Concej. 1.º Viva el gobernador! Sí, viva!
Todos. Viva! (*Vanse.*)

ESCENA VIII.

MARCOS, *armado.*

Las centinelas yá dejé apostadas:
corro á triunfar del próximo combate,
á triunfar, sí, porque hoy ninguno abate
de Mérida á las almas esforzadas.

ESCENA IX.

Dicho y FAUSTINA.

Faust. Márcos! Márcos!
Márcos. Faustina, qué me quieres?
Faust. Yá á la ciudad se acerca el enemigo,
y á lidiar ó á morir vengo contigo.

Márcos. Eres tú la mujer de las mujeres.
O tú, mujer, que de mujer naciste,
mujer que á la mujer sobrepujaste!
Cómo siendo mujer te decidiste
y el mujeril temor atropellaste?
Esta sí que es mujer de las que hay pocas:
hé aquí una mujer firme, constante,
al cabo mi mujer: es un diamante
que hallé feliz entre desiertas rocas!
No conoces, mujer, que no es prudente
que una mujer en el combate se halle?
batirse una mujer! oh Dios potente!
es imposible que mujer se halle
cual la mujer que adora el pecho mio.
Retírate, mujer, vete á la choza:
anda, retírate: (es guapa moza!
la que rindió mi indómito alvedrío!)

Faust. En la choza yo sola no me quedo:
no quiero separarme de tu lado:
para vivir contigo me he casado.
Sola no he de quedar, que tengo miedo:
ven, y acompáñame.

Márcos. Y la entereza
es esta que enriquece á las mujeres?
Solo el miedo te trajo? mujer eres,
y de mujer descubres la flaqueza.
Vete á casa, mujer descarriada,
vete á casa mujer, que dice un sabio:
"para que la mujer no te haga agravio,
ten siempre á la mujer muy bien guardada."
Un sabio dijo aquesto: lo has oido?
Lo que dicen los sabios debe hacerse:
vete á casa, mujer.

Faust. Márcos querido,
á casa no he de ir mal que te pese.

Márcos. El marital dominio desconoces,
y airada en mis bigotes te revelas?

Faust. De tí no me separo.

Márcos. Daré voces,
y allá te llevarán mis centinelas:
no quiero verte mas en mi presencia:
me alejo de tu vista inoportuna. (*Vase.*)

Faust. Si así lo ha decretado mi fortuna,
de mí tened piedad, Dios de clemencia. (*Vase.*)

ESCENA X.

ANGELA *y* PABLO.

Ang. Pablo, dime por Dios, no me lo ocultes:
en dónde está mi Pinto? en dónde está?
Pablo. Yo le dejé en las filas, en su puesto,
á defender resuelto la ciudad.
Ang. Ves á llamarle, Pablo, te lo ruego:
ten de mi llanto y mi dolor piedad:
no así esquives mis súplicas ardientes;
ten de mí compasion.
Pablo. Por caridad:
quieres dejarme que al combate vaya?
Es vano tu clamor, tu suplicar.
A defender su patria está obligado,
y tan grata mision no dejará.
Ang. No enojado me mires de ese modo,
no así muestres tu horrible crueldad:
vuelve á mi amor, mi Pinto, mi tesoro.
Solo vivo por él.
Pablo. Tal porfiar...!
Con tus nécios clamores me entretienes:
yo no puedo á mi deber faltar.
Voy á ocupar mi puesto en el combate,
y á tí y á Pinto os lleve Satanás. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ANGELA, *sola.*

Hombre cruel! por qué mi triste llanto
desoyes con tan bárbara osadía,
y te burlas así de mi quebranto?
qué le hice yo á ese hombre, cielo santo,
para que ejerza así su tiranía?
Por qué conmigo muestras tus rigores,
oh fortuna cruel! oh suerte ingrata!
que despiadada aumentas mis dolores,
y te mofas cruel de mis amores,
sin conocer que tu crueldad me mata?
Yá que solo tristeza y amargura
halló mi amor tras multitud de abrojos,

y mi pasion se convirtió en locura,
lloren con llanto acerbo yá mis ojos
la desaparicion de mi ventura.
No permitas, oh Dios, que el pecho mio
con tan fuerte penar así lacere
con mano vigorosa el hado impío,
y de aquesta infeliz que de amor muere
tenga piedad, Señor, tu poderío! (*Vase.*)

ESCENA XII.

CATALINA, *sola.*

De la noche el negro manto
con encanto
por todas partes se extiende,
y la luna sus fulgores
de colores
por entre las nubes tiende.
Nadie interrumpe el reposo
silencioso
de esta noche encantadora;
mas de fratricida guerra
en la tierra
estragos mil admirará la aurora.
Solo se oye en voz incierta,
el alerta
que da el mísero soldado,
que espera firme y leal
la señal
de combatir esforzado.
Vos que fuísteis, Dios potente,
tan clemente,
en este mundo azaroso
cómo sufris que inhumano,
á su hermano
hiera el hombre rencoroso?
Por qué con tanto rigor,
oh Señor,
desde ese azulado cielo,
dais al mundo mil furores,
entre horrores
de espantoso desconsuelo?

Por qué de vil tiranía,
patria mia,
te has de ver amenazada,
y en guerra los regocijos
de tus hijos
trocó la suerte menguada?
(*Tiroteo y toque de clarines.*)
Sonó en mi oido
con voz temible
la hora terrible
de combatir;
y el estampido
de los cañones
mil confusiones
me hace sufrir.
Con ceño esquivo
mi triste suerte
solo la muerte
me deja ver;
mas por qué vivo
con tal quebranto?
mi patria en tanto
libre va á ser.
Al sitio corro
de la pelea,
y cuando vea
á alguno herir,
pronto socorro
dará mi mano,
y allí á mi hermano
sabré asistir.
Oh Vírgen santa,
que desde el cielo
dulce consuelo
dais al mortal!
En pena tanta,
piedad implora
quien triste llora
tan grave mal!
Yá que el acero
no pueda diestra
en la palestra
yo manejar,
auxilio quiero

á los soldados
con mis cuidados
pronta aprestar;
y sus heridas
curar pretendo
entre el estruendo
y mortandad;
que cien mil vidas
que yo tuviera,
al grito diera
de libertad. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

MARCOS, *solo.*

Yá empezó la refriega: *coteneex.*
(*Llamando á los uites.*)
Hijos de Canek, de Quisteil valerosos.
(*Arengándoles.*)
robustos, decididos, asombrosos,
valientes, sí, valientes, esto es:
digo que yá... (perdíme, vive Dios!)
pues como iba diciendo.... últimamente,
marchemos al combate: allí la frente
del enemigo humillarémos: *Coox!*
(*Se van, y se oye tiroteo.*)

ESCENA XIV.

DA. MÓNICA, *sola.*

Ven, dulce paz: tu encantadora calma
restituya el descanso á mis sentidos,
alivio á mi penar, consuelo á el alma
y al corazon quietud.
No se oigan mas los lúgubres zumbidos
de ese cañon que me destroza el alma,
llenándome al llegar á mis oidos
de mortal inquietud.
Ten, Dios clemente, de mis males duelo;
y llegando mis súplicas á tí,

desde el azúl y nacarado cielo
mírame con piedad.
Vos sois grande, Señor: lo haréis así,
porque sois el balsámico consuelo
que derraman los ángeles en mí,
de la tranquilidad.
Un hijo tenia que lloro perdido,
un hijo que supe con celo criar:
por qué mas ingrato eres que querido,
y así mis amores al horrible olvido
con indiferencia quieres ahora dar?
Sin que me intimide la noche azarosa
ni de los clarines el fiero clamor,
arrostrando estragos de muerte horrorosa,
buscándote, hijo, vago presurosa
cual único objeto de todo mi amor.
Veloces corrieron las plácidas horas
que en tiempo dichoso pasara á tu lado.
Oh ingrata fortuna! por qué así has trocado
con mañas arteras y miras traidoras
en llanto el contento que ántes he gozado?
Oh infausta, y esquiva, y villana suerte!
el hijo que adoro devuelve á mis brazos.
Una vez tan solo que yo logre verte!
y aunque rompa luego tan sagrados lazos
con golpe siniestro la inhumana muerte.

ESCENA XV.

Dicha y CATALINA.

Catal. Mi madre es esa triste y desolada. (*Desde el fondo al verla.*)
Oh cuánto al verla sus pesares siento!
no desgarres así, madre adorada,
mi pecho con tan fuerte sentimiento!
No así á mi corazon grave tormento
des porque te hallas sola, abandonada;
que de verte llorar, acongojada
es mas grave el dolor que experimento.
Nunca en el mundo amó cual yo te amo
hija ninguna á madre asaz querida;
mas á la voz de libertad me inflamo,

y con constancia firme y decidida,
en áras de mi patria doy la vida
por esa libertad que tanto aclamo.

Món. Pero es posible! Qué miro?
tú aquí? De dónde vienes?
Sin duda el cielo benigno
á consolar mis temores
apiadado te ha traido.
Vienes de buscar tu hermano?
no es verdad? Arrepentido
vuelve á mis amantes brazos?
que vuelva, sí, que en castigo
quiero abrazarle clemente,
pues el cielo nos previno
que para vengar injurias
usemos de este castigo.
Pero adónde le dejaste?
Cuándo viene? Qué te ha dicho?
Teme acaso receloso
que abuse de mi dominio?
Por qué así de mí se esconde?
Ingrato! cuándo no ha sido
el dueño de mi ternura,
de mi acendrado cariño?

Catal. Madre!

Món. Mas bajas los ojos,
y muestras el ceño esquivo?
Sin duda no le buscaste
sabiendo que solo vivo
por él, y avergozada
te niegas así á decirlo:
no es esto cierto? contesta.
Responde, yo te lo exijo.

Catal. Con esa intencion salí;
mas hallarle no he podido,
pues con tantos centinelas
como hay aquí repartidos,
por mas instancias que he hecho,
pasar no me han permitido.
Yo quisiera.... oh suerte impia!
No sé que hacer.

Món. Qué suplicio!
Será posible que sea
tan sañudo, tan inicuo

el infortunio perverso,
que se ensangriente conmigo
de este modo, con tan viles,
tan extraños artificios?
O son mis culpas tan grandes,
que de tan grave castigo
se han hecho merecedoras?
Mas si es cierto que he incurrido
en pecados tan enormes
que merezcan, Dios bendito,
vuestra cólera divina,
de rodillas os suplico
que de mis tribulaciones
os apiadeis compasivo;
y por justo desagravio
yo os ofrezco....

Catal. Con sigilo
tal vez podrémos pasar
á ver si hallamos á Pinto,
yá que tanto lo deseais.

Món. Con crueles sacrificios,
con oraciones fervientes,
con ayunos y cilicios,
expiaré de noche y dia
mis pecados infinitos;
y á los mundanos recreos
sin descanso, sin alivio,
renunciaré para siempre
con votos gratos y pios,
y de las pompas huiré
del espíritu maligno.
Mas ahora que con teson
luchan diversos partidos,
y con fratricida mano
por concertar sus designios,
de sus detestables armas
lanzan horrorosos tiros,
dejadme que cariñosa
vuelva á ver al hijo mio.
Este favor que angustiado
os suplica mi cariño
no me negueis, Dios eterno,
es la ventura á que aspiro.
Que cuando al lado me halle

de este hijo tan querido,
y á mis fundados temores
clemente hayais dado alivio,
tu piedad bendeciré
por los siglos de los siglos.

Catal. Yá del combate funesto
habrá pasado el peligro:
si quereis iré á buscarle.

Món. No te apartes de este sitio,
que no quiero quedar sola:
tenga de nosotros Cristo
piedad, que como mi voz
encuentre en su pecho abrigo,
á sufrir las inclemencias
de este mundo me resigno.
Le encontrarémos: no es cierto?

Catal. Sin duda, madre.

Món. Propicio
siempre el cielo, en sus furores
mostrónos su amor benigno
en quien con celo cristiano
su fervoroso cariño
con prudente confianza
puso en él, como lo ha dicho
en su epístola San Pablo
y otro mártir, que predijo
que para llegar al cielo,
es medio fácil y fijo
sufrir con resignacion
de este mundo tan inicuo.
tan falaz y seductor
los vaivenes; y es sabido
que en sus sermones los padres
de la iglesia nos lo han dicho
con fé evangélica y santa.

Catal. Es verdad.

Món. Ay, qué alivio
la religion nos ofrece....!

Catal. Alguien viene.

Món. Pablo mio!

ESCENA XVI.

Dichas y PABLO.

Pablo. Yá triunfantes quedaron nuestras tropas
del enemigo que ahuyentado corre:
solo en la fuga, su defensa propia
puede encontrar el que ofuscado y nécio
con ceguedad pueril así se arroja
á provocar los bravos yucatecos,
con injusta violencia y furia loca.
En vano nuestros fieles corazones
quieren aprisionar con saña odiosa,
que aquí sabemos defender leales
la libertad de nuestra patria hermosa:
su independencia, sí.

Catal. Y vencedores
habeis quedado en la batalla honrosa
que ahora acabais de dar?

Pablo. Sí, vencedores.

Món. Y mi hijo dónde está?

Pablo. Esa opresora,
alucinada, inexperta y audaz
muchedumbre servil, que se amontona
para esconder en tierra mas lejana
de su villana accion, la ponzoñosa
mancha indeleble que en su frente escrita
nuestra mano dejó segura y pronta,
no volverá, os lo juro, á presentarse
mas ante la ciudad.

Catal. Cómo rebosa
júbilo el corazon al escucharte,
y mis desdichas en placeres tornas!

Món. Y mi hijo dónde está?

Pablo. Cuán seductora
á mis ojos os hace ese entusiasmo
que las mejillas cándidas sonroja,
y con delicia embarga mis sentidos
vuestro patricio amor! una corona
pusiera yo de blancas azucenas
sobre esa frente virginal dó brota
la inocencia y candor.

Catal. Y la azarosa
lucha terrible que de darse acaba,

ha sido por desgracia desastrosa?

Món. Mas responde: mi hijo....?

Pablo. Sus rigores
ocultos yacen por la luz monótona
de la embozada luna; mas sospecho
que favorable suerte nos socorra,
y las desgracias que por parte nuestra
haya que lamentar, serán muy pocas.

Catal. Gracias os doy, ó Dios de las alturas,
que benigno escuchásteis las devotas
súplicas de esta sierva, que á tus plantas
tu favor demandara en su zozobra!

Pablo. De Dios es grande la bondad clemente.

Món. Mas no responde á la pregunta corta
que te acabo de hacer, tu yerto labio?
Acaso en esa lid triste, horrorosa,
el hijo de mi amor pagó con sangre
su criminal audacia y furia loca?
Herido en el combate! Tal vez muerto...!
Pablo, respóndeme: no así tu boca
niegue á mi corazon el desengaño
que mi agitado espíritu soporta:
contesta de una vez, habla, no temas,
dispuesta á todo estoy: yá sin demora
puedes el golpe dar que resignada
espero con valor.

Catal. Misericordia!
Está mi hermano herido?

Món. Por qué callas?

Pablo. Por qué motivo así sobresaltada
á Pinto lamentais? Alguna cosa
he dicho yo que presumir os deje
tan siniestros agüeros? En la hora
que desde aquí al combate le llevara,
mezclado entre la turba bulliciosa
de alegre juventud, fiel esperaba
de combatir la enseña belicosa.

Món. Y no le has vuelto á ver?

Pablo. A comisiones
que mis jefes me dieron, sin demora
tuve de allí que ir, y cuando he vuelto
no recuerdo haber visto su persona.

Món. Pues bien, Pablo, por lo mas sagrado
que tengas en el mundo, por la gloria

que Dios á los mortales nos ofrece,
te suplico, te ruego cariñosa
que busques á mi hijo: en el momento
parte á buscarle, y pronto mi congoja
consolada verás, porque á una madre
que de su hijo la ausencia triste agobia,
para darla consuelo en el instante
el hijo la volved que tanto llora:
corre, ve á su encuentro.

Catal. A nuestros brazos
vuélvale tu amistad.

Pablo. Yá voy, señora,
á buscarlo veloz por todas partes;
y aunque supiera á la infernal mazmorra
bajar para sacarle, yo os prometo
que conmigo vendrá.

Món. Dichosa hora
á mis acerbos males será esa
que tu labio veraz y fiel pregona:
á realizar tan plácida esperanza
no te detengas, no.

Pablo. Yá voy, señora. (*Vase.*)

ESCENA XVII.

MÓNICA, CATALINA, GOBERNADOR, CONCEJALES *y pueblo.*

Concej. 1º Con regocijo yá cantar podemos
la defensa inmortal, el hecho grande
que ha estampado en las páginas del tiempo
vuestro arrojo y valor.

Concej. 2.º Sí, yá infatigable,
el enemigo corre presuroso
del monte entre el selvático ramaje.

Gobern. La libertad que tanto apeteciais
asegurada está de un modo estable,
hijos valientes de la patria mia.
De libertad el árbol venerable
sus ramas tenderá sobre vosotros
que le regásteis con preciosa sangre.
Yucatecos, con plácida victoria
el Dios de las batallas este lance
bondadoso premió, y es que contento
de vuestro ardiente arrojo debe hallarse:

vuestro es el triunfo, sí: con entusiasmo
mi corazon envanecido late:
para mostraros el ardor que siento
por accion tan magnánima, arrancarle
quisiera y repartirle entre vosotros,
porque dentro del pecho yá no cabe.

Catal. Pablo viene de Pinto acompañado:
vuestros recelos desechad.

Món. Dejadme
que le vea, que le oiga enternecida,
y con afecto maternal le abrace,
para que luego con respeto, humilde,
la clemencia de Dios por siempre alabe.

ESCENA XVIII.

Dichos, PABLO *y* PINTO.

Pablo. Yá á Pinto aquí teneis; vivid alegre.

Món. Ah! ven á amis brazos, hijo mio.

Pinto. Madre....!

Gobern. Ese jóven, señora, se ha portado
como bravo y leal en el combate.

Pinto. Señor, os agradezco....

Món. Es mi hijo! mi hijo! (*Enternecida.*)

Concej. 1.º Corred á disponer en el instante
que las bandas de música celebren
alegres nuestro triunfo por las calles.

Gobern. Tras de noche fatídica y traidora,
en su brillante carro se presenta
la diosa de la luz, la bella aurora
que á nuestros ojos su esplendor ostenta.
El triunfo vuestro con placer, atenta
mira desde el Olimpo, y seductora
agradable contento experimenta
al ver que libertad gozais ahora.
De júbilo mi pecho enajenado,
contempla con asombro esa victoria
do de la patria el porvenir estriba:
vuestro valor magnánimo ha triunfado,
vuestro es el galardon, vuestra la gloria:
viva la libertad valientes.

Todos. Viva!

FIN.